

## Hermes Trismegisto revisado por Francesc Eiximenis

---

*José Luis Martín*

*Universidad Nacional de Educación a Distancia (Madrid)*

Francesc Eiximenis escribe a finales del siglo XIV una gran enciclopedia moral de título significativo, *Lo Crestià, El Cristiano*, del que nos interesa el Libro Doce dedicado al Regimiento de Príncipes y Ciudades<sup>1</sup>. Como la mayoría de los autores medievales, Eiximenis acumula citas para reforzar sus argumentos, y no siempre lo hace con la seriedad y exactitud que cabría esperar en una persona bien informada. Junto a textos de los Libros Sagrados, más o menos exactos, se citan obras y hechos de personajes reales o legendarios que de la mente y pluma de su creador pasaron a tener nueva vida en la credulidad de los oyentes y lectores de Eiximenis.

Entre los personajes citados tienen especial interés los héroes y dioses griegos encabezados por “el famoso caballero” Júpiter, hijo de Saturno, el no menos famoso caballero Aquiles, Alejandro Magno, los reyes Butentor y Demetrios de Grecia, Menelao y Teofasto de Macedonia, Lacedomino de Parquia, Argos de Sirtes, Belleón caballero de Hércules rey de Hircania, Jano de Corinto, Perseo de Tracia y su conde Polino, Nicanor capitán griego, los filósofos Anaxágoras, Aristóteles –el más citado– Hermes Trismegisto, Evagrio alumno de Pitágoras, Orfeo, Platón, Prometeo, Tales de Mileto y Zenón, Demóstenes, Hermógenes, y Euro sabio de Grecia. Ante la imposibilidad de referirnos a

---

<sup>1</sup> La obra fue proyectada en trece volúmenes de los que sólo conocemos, de manera muy desigual, el 1, 2, 3 y 12. Está inédito el libro 2 y sólo para la segunda parte del 12 disponemos de una edición crítica (*Dotzè llibre del Crestià*, 2 vols. Girona 1986-1988); el libro 1 (*Primer del Crestià*) y la primera parte del 12 (*Dotzè del Crestià*) fueron publicados en Valencia, 1483 y 1484 respectivamente; para el tercero (*Terç del Crestià*) disponemos de una edición en tres volúmenes (Barcelona 1929-1932) Una aproximación a la obra de Eiximenis puede verse en ALBERT HAUF, *Francesc Eiximenis. Lo Crestià*, Barcelona 1983.

todos y cada uno de estos personajes, nos limitamos a recoger, a manera de ejemplo, las referencias que el autor hace a Mercurio o Hermes Trimegisto.

Hermes Trimegisto, Mercurio o Trimegisto Mercurio, que de las tres formas aparece, es recordado como autor de una obra sobre moral (*Moral* o *Morales*), de otra titulada *De regimine orbis*, de una tercera sobre la condición y estado de las mujeres (*De mulieribus statu*) y de una cuarta de título desconocido<sup>2</sup>, que, posiblemente, circulaban como partes de los Escritos o *Tratados del Corpus Hermeticum* aunque no figuren en las versiones llegadas hasta nosotros<sup>3</sup>.

En estas obras, reales o inventadas por Eiximenis, Hermes enseña cómo ha de actuar el príncipe en la comunidad, y el primer consejo que le da es que para poder dirigir hay que estar preparado y dispuesto a ser corregido pues ningún gran hombre que no pueda soportar ni sufrir corrección será virtuoso, nunca tendrá la protección de la fortuna y jamás verá cumplidos sus deseos (*Moral*)<sup>4</sup>.

Tras conocerse a sí mismo, obligación del príncipe es conocer a los súbditos y tratarlos teniendo en cuenta nada menos que doce factores: nacimiento, compleción, fisonomía, inclinaciones, pasiones, regiones, edad, estamento, costumbres, fama, fortuna y obras (*De regimine orbis*), aspectos cuyo estudio ocupa veintidós capítulos<sup>5</sup> porque el esquema inicial se complica y desarrolla como puede verse en las páginas siguientes:

*Nacimiento*: las estrellas influyen sobre los hombres y aunque nunca pueden forzar el libre arbitrio del hombre, nadie duda de que el nacido en constelación marcial o melancólica es propenso a la pelea y fácilmente llegará a ser acusado de pendenciero y homicida.

*Compleción*: son cuatro las compleciones sobre las que rueda la naturaleza animal como sobre un carro: melancólica, sanguínea, flemática y colérica.

A tierra de hombres melancólicos conviene un príncipe alegre y divertido que aleje a los súbditos de las peleas y tumultos y favorezca a los juglares para que recorran la comunidad alegrando a los súbditos. En esta tierra, el príncipe está obligado a tener médicos que purguen a la gente en otoño y aconsejen el uso de viandas que alimenten la sangre y la flema para mitigar la melancolía, agudizada en otoño.

---

<sup>2</sup> Los editores no han podido leer el título y sólo leen: *Posa Trimegistus, en lo seu ...ptori* (Libro Doce, II, 2, p. 245)

<sup>3</sup> HERMES TRISMEGISTO, *Tratados del Corpus Hermeticum*, Barcelona 1997.

<sup>4</sup> *Dotzçé* II, 2, p. 289.

<sup>5</sup> Volumen 2, pp. 310-361, capítulos 811-832.

Los sanguíneos tienden a ser alegres, cantan, ríen y bailan, se dan buena vida y tienden a los amores carnales, especialmente en primavera, por lo que precisan leyes que los controlen y pongan freno a sus aficiones<sup>6</sup>.

Los flemáticos, perezosos, vagos, brutales y bestiales, sobre todo en invierno, necesitan un señor que canalice sus apetitos y los obligue a hacer ejercicio y a aprender; y los coléricos, que son los más aptos “en saber, en armas y en todo” necesitan ser bien dirigidos porque, especialmente en otoño, son felones y sospechosos. Sus errores son de corta duración y para mantenerlos bien basta hacer que se purguen con ruibarbo en primavera para controlar la cólera, y que en otoño tomen cosas frescas.

*Fisonomía:* la cara es el espejo del alma y el cuerpo refleja las aptitudes de cada uno por lo que a la hora de elegir consejeros, secretarios y otros servidores deben guardarse las tres reglas siguientes:

Fijarse en los ojos, que son los mensajeros del corazón; es buena señal la presencia de algunas motas negras; las de otro color son signo de malas inclinaciones.

Los miembros sanos y bien proporcionados indican bondad y aptitud de la persona mientras que los defectos físicos son señal de indisposición o de vicio, como es el caso de los tuertos, de grandes narices, de brazo corto y contrahechos, “personas naturalmente inclinadas a malos vicios”.

Quienes se parecen a algún animal tienen sus costumbres: el de cabeza grande, como el asno, tiene poco sentido; el de cabeza puntiaguda como la ardilla apenas tiene cerebro y no pasa de ser un títere siempre en movimiento; el de frente estrecha, como el mico, es malicioso; el de cejas peludas y extendidas hacia las sienes, como las bestias, es de fiereza bestial, y, en cambio, quien las tiene ralas y bien arqueadas de forma natural –no como las mujeres pintadas– es persona sutil y aguda en sus hechos. Las orejas grandes son señal de poco sentido y las excesivamente pequeñas señalan a un hombre malicioso; la nariz bien hecha indica capacidad de pensamiento mientras que la muy grande presenta a un hombre de pensamientos terribles y fieros y la nariz torcida señala a persona maliciosa y femenina. La boca grande es signo de hombre presuntuoso, cuidadoso y extremado; los labios gruesos son propios de campesinos y descuidados; la barba roja que recuerda la cara del zorro indica un hombre con poca piedad, malicioso, odioso y falso; la voz clara pertenece a persona de poca firmeza y escasa lealtad, de larga vida y muy pagada de sí misma; la oscura, como la del

---

<sup>6</sup> II, 2, p. 311. Un príncipe sanguíneo con súbditos de la misma complejión son la ruina del pueblo; el mejor ejemplo es el de Grecia bajo el rey Butentor, sanguíneo, que permitió al pueblo beber y cantar todo el tiempo, trabajar lo mínimo, mantener amores constantes y vicios carnales de todo tipo y logró, así, que el pueblo se afeminase y fuese dominado con poca gente por el duque Nicomor de Macedonia.

lobo, señala a un hombre cruel, desmesurado y malicioso; la voz de asno y gruesa pertenece a hombre grosero y perezoso<sup>7</sup>.

*Inclinaciones.* Pueden conocerse a través de los rasgos de su cara, tal como se ha dicho en el apartado anterior y ratifican Casiodoro, Salomón, El Eclesiástico o el apóstol Mateo; todos coinciden con Hermes en que si el ojo es simple también lo es el corazón, si la mirada es fea cruel es su dueño, carnal si carnal, mutable y disoluto si la mirada es cambiante.

La segunda señal está escrita en la cara: quien sabe juzgarla conoce las inclinaciones del hombre.

La tercera son los gestos del cuerpo pues por astuto que sea, si es malo a la larga lo dará a conocer por sus gestos y manera de actuar; por esta razón los hipócritas son amantes de la soledad, para que no se les conozca. Resume estas afirmaciones, una vez más, el refranero: *En lonch camí e en secreta maysó conex hom son companyó.*

La cuarta señal es *risus dencium*, la risa: desordenada, con la boca abierta y gritando presenta a un loco o a un hombre malvado porque el sabio no ríe de esta forma.

La quinta es la conversación, claro testimonio de las inclinaciones de cada uno.

*Pasiones.* Según Aristóteles, que coincide con Hermes, hay doce especies de pasiones humanas: amor, rencor, deseo, aburrimiento, deleite, tristeza, esperanza, desesperación, temor, audacia, ira y benignidad, de las que Eiximenis no habla porque sería demasiado largo y, además, ya ha hablado de ellas a lo largo y ancho de los libros anteriores.

*Regiones.* Según la relación entre los planetas y el lugar en que habitan los hombres, predominan unas u otras pasiones y el príncipe debe estar informado porque en unas partes de su reino encontrará hombres reposados, en otras agitados, defensores de la verdad o mentirosos, avaros o liberales... y si conoce cómo son en cada región le será más fácil gobernarlos.

*Edad.* Según los años, los súbditos son distintos, tienen inclinaciones y actitudes diferentes y el príncipe debe conocer, estimular las buenas inclinaciones de jóvenes, viejos y hombres maduros, y oponerse a las inclinaciones perniciosas.

Los jóvenes tienen seis condiciones laudables y siete negativas:

---

<sup>7</sup> Mucho más podría decir Eiximenis sobre la fisonomía, y quien esté interesado puede ver lo escrito en el libro octavo al hablar del cuerpo del hombre, pero aquí se limita a recoger lo que dice “doctor Ermes” (p. 314)

Entre las primeras figuran la generosidad que los lleva a actuar sin malicia, tienen la esperanza de obtener lo que desean por lo que no dan importancia a los obstáculos; su grandeza de ánimo los impulsa a la gloria; son bienpensados y no creen que el mundo esté lleno de trampas, son misericordiosos y no quieren ver sufrir a nadie y, por último, tienen vergüenza porque desean ser apreciados y les molesta caer en deshonra.

Entre las negativas hay que incluir que se dejan llevar por sus pasiones, especialmente por la ira y por el apetito sexual; son cambiantes, crédulos en exceso y tienden a deshonrar a los demás para sobresalir ellos; necesitan ser queridos y apreciados y para conseguirlo dicen y hacen cosas excesivas; son mentirosos, quizá porque hablan demasiado; cuanto hacen lo hacen sin medida.

Los viejos también tienen buenas y malas condiciones que el príncipe debe tener en cuenta para bien gobernar:

Les cuesta creer lo que oyen porque han visto muchas falsedades en la vida; dan la peor interpretación posible a cuanto ven, porque se acuerdan de los males sufridos; son miedosos porque a los viejos falta el calor natural y sin él no hay valor<sup>8</sup>, idea que recoge el refrán: *Qui vell pren la muller, e qui vell aprèn mester, e qui vell no ha diner, tostemps aura què fer, ne aura may repòs de ànima ne de cors*. Los años hacen avaros a los hombres, por miedo al futuro; tienen pocas esperanzas y más recuerdan y hablan del pasado que del futuro; son desvergonzados porque les interesa más el beneficio que el honor.

Entre las condiciones positivas figura en primer lugar la templanza: tienen menos interés en el sexo y en la comida y bebida; no digieren bien y si comen con gula su cuerpo expresa el malestar con escupitajos, mocos constantes, toses y ronquidos, y si beben en exceso caen fácilmente en la embriaguez<sup>9</sup>; aunque las fuerzas les faltan hay viejos lujuriosos olvidando las enseñanzas recogidas en el dicho: *Tres coses ajra Deus molt, ço es: pobre ergullós, e vell luxuriós, e rich monçoneguer* (mentiroso). Son piadosos porque conocen sus limitaciones y entienden las ajenas; no afirman tajantemente en los casos dudosos porque han visto tantas cosas que en ninguna creen firmemente si no lo ven; actúan siempre con moderación porque tienen sentido común.

Entre los jóvenes y los viejos están los hombres maduros, el grupo más preparado para la virtud porque han dejado atrás los vicios de los jóvenes y no han

---

<sup>8</sup> Por esta razón, dice Eiximenis, toda Grecia hizo escarnio de Píndaro por haberse hecho caballero en su vejez (p. 322)

<sup>9</sup> La moderación en la bebida es necesaria porque los viejos aguantan poco, se emborrachan con facilidad y fácilmente adquieren los vicios y gestos de los borrachos: les tiemblan los miembros, pierden el sentido y la memoria, les huele el aliento, se les traba la lengua al hablar y hablan demasiado molestando a todos, la ira los domina, los ojos lagrimean continuamente... (p. 324).

llegado aún a los de los viejos y, con algo de ayuda, pueden conservar las bondades de los primeros y alcanzar las de los viejos.

*Estamento.* El príncipe ha de prestar atención especial al estamento de los súbditos aunque de seguir las enseñanzas de Eiximenis se ocupará tan sólo de los nobles o generosos, los únicos que menciona y a los que atribuye múltiples virtudes: siguiendo el ejemplo de sus antepasados, no mienten ni siquiera sometidos a grandes presiones; les duele el mal de la comunidad, son por naturaleza sutiles e industriosos porque han sido bien alimentados y criados; son acogedores porque han vivido entre multitud de gentes; no son mezquinos ni miedosos; se preocupan por la honra y nada hacen que pueda dañarla<sup>10</sup>; por último el noble es fuerte, no pierde el ánimo por nada, no se descontrola si se le otorga algún honor y no soporta que, en su presencia, nadie sea deshonrado, y son inclinados a grandes obras.

Todas estas virtudes no ocultan los vicios de los nobles: están inclinados a la comida y la bebida, hablan en exceso, se preocupan en demasía de su fama y siempre anhelan más riquezas, no se aman entre ellos y en ningún grupo como éste los hijos desean tanto la muerte de los padres. Los hijos se consideran mejores que los padres, y padres e hijos desean y exigen ser alabados continuamente por lo que se rodean de aduladores que les hacen perder de vista la realidad<sup>11</sup>.

*Costumbres.* La costumbre se ha convertido en una segunda naturaleza y los pueblos no soportan a quienes pretenden cambiarla o imponer nuevos hábitos que, normalmente, comportan nuevas cargas económicas.

*Fama.* La buena fama guarda a la comunidad, y el príncipe ha de apoyarla porque si cae mala fama sobre el pueblo, cualquier acusación puede ser creída.

*Fortuna.* La suerte o fortuna es obra de Dios y ha de tenersele propicio para que todo vaya bien

*Experiencias y obras.* Si el Príncipe conoce las obras de los súbditos no permitirá que haya en su reino ociosos y dedicará a cada uno a los trabajos más apropiados pagados convenientemente, y seguirá la marcha de sus trabajos para premiarlos o castigarlos. A las obras de los súbditos corresponderá el señor con

---

<sup>10</sup> Así era en los tiempos antiguos cuando ningún noble era falsario, mentiroso, tirano, adúltero o fornicador, goloso ni injusto, furioso ni malvado porque, decían, en ellos no había sitio para ningún vicio; en los tiempos actuales todo ha cambiado y ningún generoso se siente deshonrado por mal que haga sino por el mal que le hagan (p. 339).

<sup>11</sup> Sólo después de los capítulos dedicados a los nobles, recuerda el autor a los ciudadanos, menestrales y payeses, próximos unos y alejados otros de las virtudes de los nobles; en su trato con ellos debe pensar el Príncipe que los nobles tuvieron su origen en hombres como éstos y que entre ellos se eligen papas, cardenales y obispos, que los simples fueron nombrados por San Pablo herederos del cielo y no los sabios ni poderosos, y que los innobles son las ovejas especiales de Dios (pp. 351-352).

obras de buen príncipe y no de perezoso, tirano, soberbio o enemigo, que lo harían indigno de sus vasallos.

Dispersas a lo largo de la obra se incluyen otras consideraciones tomadas de las obras de Hermes, especialmente de la *Moral*; en alocución al Senado Romano Hermes se dirige no sólo a los senadores sino a cuantos tienen el poder de juzgar: “Aprended y oíd sabiduría los que juzgáis a los hombres en la tierra”<sup>12</sup>, y con el nombre de Mercurio, Hermes declara solemnemente que el príncipe y el caballero para combatir con todas sus fuerzas deben pensar que luchan por la verdad, que Dios combate por ellos y que, en consecuencia, poco ha de importarles que tengan que enfrentarse a todo el mundo<sup>13</sup>. Respecto a los súbditos, ha de saber el príncipe que el pueblo no es muy industrioso, ni muy sabio ni muy dado a la virtud y que obligación suya es suplir los defectos del pueblo con su propia sabiduría, industria y virtud pues de otra manera pierde al pueblo y a sí mismo<sup>14</sup>.

En el *De regimine orbis*, Hermes olvida totalmente el sexo de los súbditos, pero lo menciona ampliamente en la *Moral* en la que descubre la opinión que le merecen mujeres y niños, mentirosos por naturaleza, en contraposición al caballero: si éste miente no merece el nombre de varón sino el de hembra porque, decía Trimegisto, que mentir parte de corazón femenino y mezquino. Por esta razón recomienda al príncipe que induzca a sus vasallos hombres a favorecer la verdad y perseguir la mentira donde quiera que se encuentre, especialmente en sí mismos<sup>15</sup>, y en el *De mulieribus statu*, Mercurio pone de relieve los defectos de las mujeres: ambicionan riquezas y son dadas a los placeres de la carne. El deseo de riquezas las lleva a aceptar regalos y a “regalarse” a sí mismas, como bien dice el refrán: *Fembra, quant pren, tantost se ven*. Aunque frías por naturaleza, cuando las mujeres se encienden resultan incontrolables por lo que es menester guardarlas y corregirlas, especialmente mientras son jóvenes, en la manera de andar, comer y beber, hablar y acompañar, adornarse y acicalarse para que no caigan en el pecado de lujuria y en la mala fama pues —el refrán es de Salomón— *Fembra luxuriosa ne embriaga no és sinó fems pudent que tothom calciga*<sup>16</sup>.

La manera de corregir y enseñar a las mujeres aparece detallada en otra obra de Trimegisto, de título desconocido como hemos señalado antes, en la que pueden verse las tres vías de enseñanza para evitar que por culpa de las mujeres se produzcan escándalos: la primera es que los padres e incluso el marido las instruya dulcemente en cuanto debe saber toda mujer honesta; la segunda que

---

<sup>12</sup> *Id.*, p. 68.

<sup>13</sup> *Id.*, p. 242.

<sup>14</sup> *Morales - Dotzè* II, 1, p. 62.

<sup>15</sup> *Id.*, 2, p. 236.

<sup>16</sup> *Id.*, p. 243.

los regidores las soporten y toleren sus fallos en atención a su débil naturaleza, y la tercera que si precisan corrección sea ésta suave: no se las trate como a esclavas o sirvientas sino de manera que la mujer piense que el regidor, en su situación y circunstancias, sería capaz de hacer algo peor de lo que ella ha hecho<sup>17</sup>.

Bajo el nombre de Hermes Trismegisto ampara Eiximenis sus opiniones sobre la época que le ha tocado vivir, y aunque el dios griego jamás pensó en dedicarse a labores tan prosaicas no hay duda de que el lector podrá obtener amplia información tras la consulta de estas obras.

---

<sup>17</sup> Eiximenis parte de las enseñanzas de Mercurio y las ratifica con otras autoridades: la enseñanza de la mujer está reforzada por palabras de Tito Liberio; la obligación de soportar los fallos naturales de la mujer se refuerza con el Salmo *Quemadmodum miseretur pater filiorum*, con palabras de San Juan Crisóstomo, de San Pedro, de los Evangelios, de Cicerón, Séneca, Aristóteles, el papa León, Cesáreo de Leóno con los hechos del duque Roberto de Borgoña. La idea de Hermes está perfectamente recogida en las palabras de Cicerón (*De amicitia*): “al hombre que no quiere soportar a quienes están debajo de él... Dios lo humilla por mediación de otro inferior a él... hasta que reconozca su pecado, su malicia y su crueldad” (p. 246). La sabiduría en la corrección tiene sus valedores en Nestorio, en el filósofo Leucipo, autor de siete consejos para tratar a las mujeres, y en Salomón.